

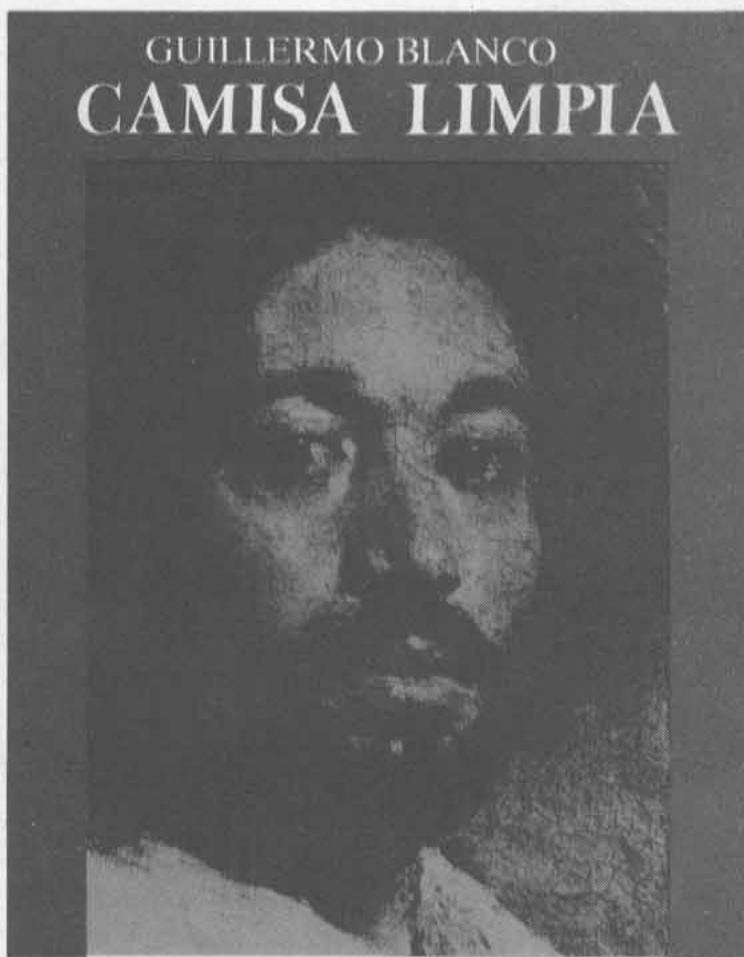
“Camisa limpia” alerta contra la rutina del miedo

El rechazo a vivir en el vientre de la muerte.

Guillermo Blanco entrega con “Camisa limpia” una novela neta, sin estridencias (Pehuén, 1989), de escritura impecable, que se convierte en el repudio contra “esa unidad maldita que tratan de imponer, ¿qué es? La muerte de la vida, o un vivir en el vientre de la muerte. Ese orden y esa tranquilidad de la apariencia que construyen...”.

“Camisa limpia” se fundamenta en un hecho histórico de ninguna manera insólito: Joaquín Edwards Bello cita en una de sus crónicas a Cecil Roth, quien en su “Historia de los marranos” se refiere a cómo la señora Elvira del Campo fue arrancada de su domicilio por ponerse ropa limpia y no comer puerco en un día sábado; el hecho, dice el eminente cronista, no ocurrió aquí, sino en Toledo, en 1567.

Guillermo Blanco cuenta la historia del cirujano Francisco Maldonado de Silva (1592-1639), cuyo “oficio era la vida” y “abominaba la muerte y el sufrimiento”, residente en Concepción, quemado vivo por no renegar de la religión judía. El novelista logra ofrecer todo el proceso interior de un hombre que vacila, sufre y asume cada etapa nueva del dolor hasta llegar a la empresa de “vencer la tentación de la esperanza”.



El cirujano Maldonado de Silva pareciera haber profetizado los destinos de muchos médicos chilenos. A ratos, resulta pesada esa persistente manera del protagonista de afirmar interrogando, lo cual denota la absoluta soledad y el constante diálogo consigo mismo. El renuncia a la nueva patria, al amor, a la paternidad, al respeto por un asunto de conciencia, y por razo-

nes de conciencia sus inquisidores lo condenan a ser quemado vivo, cometiendo un delito de sangre y borrando de una vez por todas la diferencia entre “delitos de conciencia y de sangre” cuando de ideas se trata. En los hechos, se demuestra que quien detenta el poder impone la jerarquía del delito o lo cuantifica, pues la “...inquisición no se dirige a la fe sino al poder, a aumen-

tar el poder del soberano...”.

En otro plano de los problemas de vida y de conciencia, el protagonista aprecia el irrespeto con que son tratados los aborígenes de nuestra tierra, quienes, según un misionero, “son ladinos. Si los golpean, les duele. Si les roban las cosechas, se enfurecen. Si violan a sus mujeres, se indignan. ¡Pobres soldados nuestros, lidiar con gente tan ladina!”.

En el proceso al hombre considerado hereje no sólo “se admite la declaración de testigos falsos contra el mismo acusado”, sino también “en asuntos de heregía puede un hermano declarar contra un hermano y un hijo contra su padre”..., pues “un hijo delator de su padre no incurre en las penas fulminadas por el derecho contra los hijos de los hereges(*)”, y esto es en premio de la delación”; como se puede percibir, antiguas prácticas corruptas se imponen a través de los siglos.

En “Camisa limpia”, Guillermo Blanco no sólo demuestra la maestría en el arte

de narrar y en el manejo del idioma que ha ido consolidando a lo largo de su vida de escritor, sino también la capacidad de rescatar la memoria histórica para dejar al lector que saque sus propias conclusiones. **a**

V.V.

Nota: “Heregía” y “hereges” aparecen en las citas con “g”.